

# Ni *El estrangulador* ni el hombre total: Manuel Vázquez Montalbán y la historia de Boston

*Txetxu Aguado teaches Spanish literature and culture at Dartmouth College. His work deals with post-utopian narratives, aesthetics and politics in Spanish essay writing and national, postnational, and peripheral identities. His recent book, La tarea política: narrativa y ética en la España posmoderna, deals with the ways models of political articulation in Spanish narrative entail a recuperation of historical memory. The book also studies the roles that cultural manifestations play in the articulation of civil society.*

Con la publicación en 1994 de *El estrangulador*, Manuel Vázquez Montalbán vuelve por los derroteros de sus escritos “subnormales,” por aquellos escritos cuya innovación formal vanguardista producía textos incoherentes, sin sentido, absurdos, no aptos para personas “normales.” De hecho, respondían a una realidad cuyos parámetros sólo podían entenderse no desde la racionalidad, sino desde la más absoluta ausencia de la misma, desde la desorientación en las referencias culturales y políticas que hasta no hacía mucho habían marcado el período de la guerra fría. El intelectual o el escritor no hacía otra cosa que reproducir en sus escritos la falta de armonía del mundo, que no era otra que la de un sistema económico irracional en su mercantilización de las relaciones humanas—y de sus productos culturales—y en sus propuestas de un individualismo excesivo. Entonces, al igual que en el momento de la escritura de la novela—después de la caída del muro de Berlín en 1989 y la hegemonía del modelo neoliberal, acontecimientos que no han sino exacerbado las tendencias de los años 70—el autor entra de nuevo en la subnormalidad para llamar la atención sobre un mundo cuya figura más lúcida es un estrangulador.<sup>1</sup>

Tomando como punto de partida al verdadero estrangulador de Boston de los años 60, Vázquez Montalbán reescribe a Albert DeSalvo, protagonista de la novela, en sus asesinatos y en las interpretaciones psiquiátricas a las que el personaje dio lugar. Analizaré esta novela como un ejercicio exagerado de puesta en práctica de lo singular individual, por parte de DeSalvo, con total olvido de lo público y de lo

universal (Camps 77). Siguiendo a Victoria Camps, plantearé que si el estrangulador es un sujeto escindido entre lo privado y lo colectivo, la superación de su fragmentación necesita de la articulación de un sujeto racional y moral, capaz de integrar ambas esferas en una sociedad civil más enfocada hacia la convivencia pacífica en detrimento de la puesta en práctica de fantasías excesivas de lo individual. Si se quiere dejar de lado el asesinato como práctica vital, el estrangulador debe salir de sí mismo para reconocer a los que le rodean, compatibilizando su singularidad con la de los demás, como reclamará Josep Ramoneda, reconociendo en el otro no al enemigo sino al aliado. Ésta es una de las características del sujeto moral como lo entiende Victoria Camps, a las que añadiré lo que para Alain Touraine es condición necesaria en la constitución de la identidad del sujeto: la historicización de la sociedad en la que actúa mediante la recuperación de la memoria del pasado. El resultado es que el sujeto moral no estrangulador no plantea su proceder en los dos términos de la dicotomía que dan título a este trabajo—entre el enclaustramiento total dentro de sí mismo y el “hombre nuevo” de las ideologías finalistas—lo cual supone alejarse de la utopía en cuanto expresión absoluta del deseo ya sea personal o colectivo. Desde esta perspectiva, estudiaré la novela como la constatación de la subnormalidad en el mundo, que produce estranguladores, y de la reflexión intelectual y vital para escapar de ella.

¿Cómo se caracteriza este mundo bostoniano de la ficción? A nivel social, se ha eliminado la posibilidad de acción junto con los demás y, como resultado, éstos no son más que obstáculos a la hora de expresar el deseo individual, en lugar de ser los compañeros de la acción política. Así, el es-

trangulador se vuelca sobre sí mismo, sobre su interioridad y sobre sus deseos íntimos, buscando su afirmación a toda costa. Los demás se han acabado convirtiendo en representantes de una configuración de lo social que le desagrada profundamente. Asesinarlos es librarse de una de las mayores limitaciones, y competencias, a su autonomía individual. Por otro lado, en la novela, las insatisfacciones a nivel personal no obedecen a las imperfecciones del modelo social bostoniano—es decir, a la imposibilidad de expresión de una problemática personal legítima fuera de lo que Boston permite—sino solamente a disfuncionalidades en la constitución psíquica de los sujetos. El rechazo de la organización social por parte del estrangulador sólo se entiende como problema psiquiátrico, ya que su sociedad se presenta como inigualable en su constitución y funcionamiento. Ello marginaliza la insatisfacción personal y la reduce a enfermedad mental. En la novela, la terapia psiquiátrica constituye un apuntalamiento y justificación de la sociedad que, sin embargo, ha producido seres como el estrangulador.

## Los estrangulamientos

Albert DeSalvo comenzará relatando desde las primeras páginas los asesinatos perpetrados principalmente contra aquellas mujeres que le rodean y que han configurado su forma de ser. Lo femenino amenaza a DeSalvo, como dice en el informe psiquiátrico escrito sobre sí mismo, sobre Albert Cerrato,<sup>2</sup> al final de la novela:

Mujeres reales, imperfectas, traidoras o presuntamente traidoras desde la misoginia latente en Albert Cerrato, desde niño propenso a la misofobia que puede estar en

el origen de su terror específico a todo contacto con la otredad femenina como amenaza. (*Estrangulador* 254)

La otredad femenina cuestiona el imaginario particular del estrangulador y, al mismo tiempo, atrae hacia ese imaginario, en un doble proceso de atracción y repulsión. La amenaza surge en este atraer y repeler, en ese prometer unidad y negarla a la vez, pues todas las mujeres le atraen para alcanzar su deseo, pero le repelen al negarse a su instrumentalización. Desde el machismo inherente al estrangulador se idealiza a la figura femenina otorgándole el papel de redentora de sus males. Pero, como apunta Kaja Silverman, también la figura femenina se encuentra culturalmente codificada y, por lo tanto,

es absurdo asumir tanto que la mujer está fuera de la significación, como que su sexualidad está menos organizada culturalmente o reprimida que la de su correspondiente masculino. (189)<sup>3</sup>

Desde su madre hasta las vecinas de su casa, desde críticas literarias hasta contorsionistas de circo, todas ellas sufren la misma suerte al ser asesinadas metódicamente. DeSalvo también asesina a sus padres, a su profesor en la escuela, a sus supuestos hijos, y hasta a algunos de los psiquiatras involucrados en su tratamiento. Todos los asesinados tienen en común el negarle la libre expresión y desarrollo de lo que él considera su yo, su mismidad. Esta mismidad viene expresada como unión con Alma—la vecina de su infancia y el otro polo de la misoginia del estrangulador—al ser ensoñación idealizada en oposición a la visión más mundana sobre las otras mujeres. En

su adolescencia, el estrangulador construye a Alma como la imagen de la mujer deseada, como aquello que no le ataca. Su pecho derecho, de una perfección resaltada por su asimetría con respecto al izquierdo, es el fetiche sexual que le permite afirmar su yo no mutilado. Así, Alma representa el acceso sin obstáculos al alma del estrangulador, a su unidad íntima, siendo ella misma el anhelo de una visión de lo social sin discontinuidades entre el yo y el otro. Es la otredad identificadora frente a las otras visiones de las mujeres, y de lo femenino en general, que convertidas en lo extraño no le devuelven al estrangulador una imagen unitaria, sino fragmentada.<sup>4</sup> En una vuelta de tuerca humorística, Alma acaba casándose con el tendero local, Cantijoch, dando al traste con esta vía de encuentro.

El asesinato de los demás es sólo uno de los polos de actuación del estrangulador. El otro es el entramado simbólico de Boston y los psiquiatras que lo justifican. Frente a los asesinatos cometidos por DeSalvo, los psiquiatras tratan de explicar el porqué de su manía asesina para establecer una terapia de curación. Quieren conducir a DeSalvo al reconocimiento de su personalidad psicópata, aunque sus intentos chocan con la fuerte resistencia de éste a dejarse apropiar por su discurso. En contraste con los conceptos de enfermedad mental y de terapia restauradora de una personalidad “normal,”<sup>5</sup> el estrangulador presenta sus asesinatos como expresión de la búsqueda de un espacio para su deseo de afirmación. Este espacio de plenitud y de encuentro con su yo recibe el nombre de la Ciudad y es la territorialización misma del encuentro imaginario con Alma.<sup>6</sup> La Ciudad se opone a Boston, trasunto de Barcelona, el otro territorio donde el estrangulador lleva a cabo sus asesinatos.<sup>7</sup> Boston es el territorio de la lucha

por mantener la identidad del sujeto, mientras que la Ciudad es el terreno de la identificación primordial, de la unión con Alma, “ciudad placenta, ciudad madre” (*Estrangulador* 258). Boston, “es el mundo, este mundo actual que es un mundo austrohúngaro, un imperio caído y sin aparente finalidad” (258), el mundo de la fragmentación, de la crisis del yo. Los paisajes artificiales de la Ciudad gritan “¡SUBVERSIÓN!” (149), la subversión de lo representado por Boston.

En la segunda parte de la novela,<sup>8</sup> el estrangulador aparece recluido en una institución penitenciaria reflexionando sobre la primera parte donde se han relatado sus fantasías asesinas. Sus asesinatos no le han servido para mucho. Casi todos ellos no han sido más que una ficción elaborada para alcanzar ese espacio imposible de felicidad materializado en la Ciudad. Por si ello fuera poco, también los psiquiatras que ahora le atienden elaboran ficciones falsas, otorgando, por ejemplo, a DeSalvo una esposa e hijos imaginarios.<sup>9</sup> Quieren devolverle a la normalidad, a una entendida ya, incluso por los psiquiatras, como elaboración, como una construcción más para integrarle en el mundo sociopolítico llamado Boston en la novela. Quieren en realidad, integrar al estrangulador en las ficciones de Boston, en los imaginarios que lo presentan como una sociedad no de la pérdida del yo sino de su felicidad.

Pero es difícil saber cuánto hay de verdad en lo que la primera persona de la narración, el estrangulador, nos cuenta. De manera similar a los escritos subnormales de Vázquez Montalbán, el narrador no transmite la verdad, o la transmite bajo la perspectiva de la subnormalidad, presentándola deformada en un punto de vista subjetivo donde no puede saberse si lo que se cuenta ocurre o no en la realidad de la ficción. Así,

no sabemos si el estrangulador se ha inventado todas o sólo algunas de las ficciones estranguladoras con las que se construye a sí mismo. Estamos en presencia de un narrador esquizofrénico (*Estrangulador* 19), cuyos delirios en la novela se manifiestan en un desdoblamiento, entre lo deseado y lo realmente sucedido, dentro del cual el lector carece de las guías para establecer los hechos reales. Ciertamente, como señala Mari Paz Balibrea “a un mundo subnormal” como el de Boston “le corresponde una literatura subnormal” (53).<sup>10</sup> Tal es el grado de subnormalidad, de incoherencia en lo contado, que será el propio estrangulador quien tenga que poner orden en su contar al escribir el informe psiquiátrico sobre sí mismo al final de la novela. Aunque ahora la propia escritura del informe apunte a la objetividad del análisis científico, no se ha de olvidar quién la escribe.

Destacan entre las estrategias de escritura subnormal utilizadas en *El estrangulador* el humor y a la ironía, el sarcasmo muchas veces, para envolver en una maraña de ambigüedades<sup>11</sup> el significado de muchos de los objetos o ideas sobre los que se ejercita. No puede dejar de verse el uso de la ironía y del humor presentes en el relato, como una manera particular de subvertir el lenguaje, de reformularlo, en un intento de hacerle expresar algo distinto a los sentidos ya conocidos de Boston. Al menos, el tratamiento liviano mediante el humor de temas “serios,” llamará la atención sobre los mismos como una construcción más, como una posibilidad más de expresión, y no la única. El lenguaje así definido mostrará Boston en su “verdad,” al no presentar lo que sólo es fragmentado como unidad. Por eso el humor en la novela es subversivo, porque busca nuevos recovecos de significación en las palabras y en la construcción de la realidad que éstas formulan.

## Boston y el otro

Esta sociedad bostoniana que el estrangulador conoce es una estática, constituida sobre leyes presentadas como inmutables, y explicadas por el psicoanálisis en la formación de la psique humana. Su devenir histórico no se conoce. El cambio no se contempla porque se presenta a sí misma como ideal. Otorga a los individuos que la componen unos parámetros de conducta muy estrechos, una ficción sobre el comportamiento adecuado, consecuentes con la perpetuación del modelo que la define. Estos parámetros permiten la supervivencia y adaptación del sujeto al estado de cosas dado, sin cuestionar nunca nada hasta el extremo de pensar en cambiarlo.

Lo que quisiera analizar ahora, en relación a la novela de Vázquez Montalbán, es cómo evitar el surgimiento de los estranguladores sin hacer apología del entramado social bostoniano. Dicho con otras palabras, de cómo conseguir “la reconciliación de la autonomía individual y la autonomía pública, que no es otra cosa que la reconciliación de lo singular y lo universal” (Camps 77), que en la novela se presentan en abierta contradicción dada la pasión asesina de su protagonista. Y conseguirla a pesar de las dudas de Touraine sobre la existencia de pautas o principios de integración de lo individual en lo colectivo:

[E]n el momento actual yo diría [...] que no *existe ya principio general de integración de lo privado con lo público* [...] no existe ya Institución, Valor o Creencia capaz de producir esa integración. (22)

Ésta es la otra parte del problema de DeSalvo. En Boston han desaparecido las instituciones, los valores o las creencias de Touraine

capaces de expresar la reconciliación de Camps. No se trata ahora de volver a una gran narrativa de integración, sino de posibilitar los caminos para aunar los intereses particulares y los comunitarios en acciones individuales que recojan las colectivas, y alcancen lo que interesa a todos para establecer una noción de bien común.

No es ésta una tarea tan difícil como pudiera parecer, pues para Camps “lo que caracteriza la filosofía moderna es la universalidad y el individualismo” (61), es decir, no su oposición como en la novela, sino su conjugación. Ejemplos de la unión de ambos principios serían tanto el imperativo moral de Immanuel Kant como el contrato social de David Hume. Ambos regulan al sujeto como entidad ética que dirime entre distintas alternativas y negocia las restricciones a su libertad individual por parte de los agregados sociales donde desarrolla su vida, y que no sólo le limitan, sino que a veces también le protegen. Camps señala que con la ley moral Kant “[p]retende mostrar que lo individual y lo universal pueden unirse en un mismo acto de la voluntad” (64), y con ese acto de la voluntad se funda el contrato social, estableciendo el estado—o a Boston como imagen del estado en la novela—en teoría sólo para defender la libertad individual de los abusos y la opresión del más fuerte.

Tanto el imperativo moral como el contrato social son instancias de la voluntad racional. Ambas están ausentes del mundo del estrangulador Boston. Ni hay imperativo moral en el asesinato ni hay un contrato social suficientemente fuerte como para garantizarle un mínimo nivel de seguridad y desarrollo personal. Así, el problema del estrangulador se define entonces como el de un exceso de irracionalidad, como ausencia del acto de voluntad racional para perseguir aquello que es bueno para

él y para los que le rodean. Pero también es un problema social, pues el contrato social en Boston no da pie a la expresión de una mínima problemática individual.

Si, por un lado, la voluntad ha de seguir los esquemas propuestos por la razón y encauzarse por lo que dicta como válido, asesinar entonces es irracional. No obstante, el estrangulador no participa en la elaboración de prácticas concretas de lo racional en Boston. Es ajeno a aquellos intelectualmente más preparados y que por sus propias circunstancias vitales tienen más experiencia, o el tiempo disponible para poseerla, para establecer el modelo de racionalidad y sus supuestos valores universales. Por otro lado, el mundo bostoniano y los psiquiatras que atienden al estrangulador proponen modelos únicos de una determinada “racionalidad,” más bien de una determinada subnormalidad. No se está hablando ya de que la posición ocupada en las relaciones sociales de producción determina la noción de lo racional y el modelo del mismo, sino que de las elaboraciones de la razón “oficial” pueden estar excluidas ingentes cantidades de personas, como el estrangulador. Por supuesto que en este último escenario se está a un paso del totalitarismo, expresado como modelos de razón y de lo racional únicos y exclusivos, y de la imposición de las “bondades” de modelos de vida a aquellos que no tienen oportunidad de rechazarlos o no sienten ningún interés por ellos, como el estrangulador nuevamente. Si no queda más remedio que asumir la supuesta clarividencia de una razón pensada por otros, se está a un paso de su instrumentalización.<sup>12</sup>

Como consecuencia de la ausencia de un criterio de racionalidad en Boston o, en otras palabras, dado lo subnormal en su configuración, el estrangulador recurre al asesinato para llevar a cabo sus fantasías

íntimas. No encuentra un modelo para aunar lo privado con lo público, ni para insertarse en lo social, porque su configuración simbólica le exige la renuncia total a su deseo, legítimo por muy descerebrado que éste pueda ser. El asesinato no es el efecto de los contenidos muchas veces imposibles de su deseo, sino el resultado de no encontrar cómo ponerlos en práctica, cómo atemperarlos y sujetarlos a lo razonable, dada la subnormalidad imperante en Boston. Esta problemática se desarrolla en dos tensiones distintas en el relato.

Por un lado, si para Josep Ramoneda, “El temor al ‘otro’ favorece la cohesión nacional en torno al poder y hace que la ciudadanía sea menos exigente con los que gobiernan” (20), en la novela éste no pertenece a una comunidad distinta. El temor al otro del estrangulador no produce una defensa del orden estatal, sino su eliminación porque el otro representa mejor que nadie a Boston. Matar al otro es hacer desaparecer a Boston, eliminar lo que impide la utopía personal. El estrangulamiento no es sólo asesinato despiadado, sino también destrucción de las representaciones del poder inscritas en el cuerpo físico de los otros. Los asesinatos no se dirigen contra los grandes principios sustentadores de la sociedad, sino contra la materialización simbólica en carne y hueso de esos principios. Aquí se incluye también el de la razón y el de la racionalidad que los otros ponen en circulación social con su comportamiento o con sus opiniones. Toda la primera parte de la novela, “Retrato del estrangulador adolescente,” recoge este deseo de plenitud absoluta al margen del espacio vital de los demás.

En la segunda tensión, como señala Ramoneda en otro contexto, “El enemigo es el ‘otro,’ el que pone en peligro la propia ‘mismidad,’ sea la amenaza real o inducida”

(20). Cuando el estrangulador vuelve la vista hacia los demás y no le ofrecen una vía de reencuentro con la mismidad perdida, es decir, con su yo y con lo por él deseado, el estrangulador siente impulsos de muerte para matar a la otredad negadora. El asesinato es la eliminación de la necesidad de la pérdida de lo deseado, de la pérdida del yo, y, por lo tanto, del mundo necesitado de la misma. Lo deseado se exige en el ahora, sin dilaciones que lo sitúen en el terreno de la posibilidad en un futuro. El sujeto estrangulador no consigue con el amor hacia Alma o con el reconocimiento de los otros, desarrollar una identidad para su yo. El resultado es un intenso sentimiento de frustración.

La desafección hacia el otro, lo es hacia Boston porque lo representa, pero también hacia los que no acompañan al estrangulador en su batalla. El propósito del estrangulador no es derrocar el orden social con una ideología sustitutoria como alternativa global. Al no ser capaz de articular un sistema político distinto al bostoniano, el asesinato no será más que la confirmación palpable de la imposibilidad de escapar a la subnormalidad. La acción del estrangulador no es propiamente política en este primer momento, es decir, enfocada hacia lo colectivo, sino personal, centrada en sí mismo.

## Las soluciones transitorias

El estrangulador es la consecuencia del fracaso, o del desencanto si se quiere, de dos dinámicas en juego. En la primera, sus opciones vitales están insufladas de expectativas demasiado elevadas. Cree firmemente en el acceso al paraíso y en la realización de la utopía en el presente mediante el amor. Como explica uno de los psiquiatras que le atienden, es la víctima

del petrarquismo y ha situado su ideal amoroso a demasiada distancia de sus posibilidades terráqueas [...] se ha tomado muy a pecho esa educación basada en el absoluto y el acceso al paraíso, cimentada sobre las enseñanzas de la Iglesia Católica, el Partido Comunista, [y] las películas de Hollywood traficantes de la droga del 'happy end.' (*Estrangulador* 209)

La pasión asesina es el resultado de no poder vivir del todo los afanes redentores de las ideologías finalistas, ya se trate del final feliz hollywoodiense, el paraíso católico o la utopía socialista. El estrangulamiento es la aceptación de la imposibilidad de vivir en lo absoluto, su sustitución, casi su suplantación, aunque no su negación.<sup>13</sup> El asesinato, para DeSalvo, tiene la "virtud" de ser una vía rápida de encuentro con el absoluto y con el paraíso, sin esperas siempre prolongadas o pospuestas a un futuro indeterminado.

En la segunda dinámica, el individualismo asesino es también la respuesta a un mundo que no propicia la esperanza en ningún tipo de mejora, ni siquiera como posibilidad ilusoria. El propio estrangulador, ahora refiriéndose a sí mismo como Cerrato, dirá:

[que] no vive en un mundo que le propicie ninguna clase de optimismo ético colectivo; al contrario, el canibalismo no sólo es un referente ético metafórico, sino una posibilidad fundamental de supervivencia no corregida por ninguna esperanza. (256)

Al haber perdido la esperanza, entendida como mejora individual dentro de lo colectivo, al no ser capaz de pensarse junto con

los demás, el sujeto se repliega hacia sí mismo, hacia lo privado. El proceder ético se reduce a la búsqueda individual y al “canibalismo” frente a los demás. Nada que ver con la búsqueda del bien común desde un acto de voluntad que se quiere más o menos racional. La frustración con los modelos utópicos y la incapacidad para concebir mejoras colectivas fuera de ellos, es el resultado del “fracaso [...] de concebir la esperanza como una utopía concreta en devenir” (256), es decir, como un objetivo concreto— en oposición al más difuso de los finalismos utópicos anteriores— a alcanzar progresivamente sin nunca llegar a colmarlo del todo.

El mundo personal en el cual vive Cerrato reniega de esta utopía en devenir. Su problema es el olvido de caminos intermedios al haber asumido uno de los términos de la oposición que él mismo plantea: “No hay término medio. O el estrangulador o el hombre total. Sólo el estrangulador ha existido, desde su angustia y desesperanza hacia la llegada del hombre total” (*Estrangulador* 237). Olvidado del hombre total invocado por las utopías de más arriba, surge el estrangulador. No hay posiciones intermedias y más humanas entre ambos términos y, entonces, al haber despachado sin miramientos el sueño de la esperanza no queda otra cosa que el comportamiento del hombre como un lobo para el hombre, como diría Thomas Hobbes (259).

No obstante, en la segunda parte de la novela, el estrangulador ha terminado en la cárcel a resultas de los probables asesinatos de sus padres y su vecina. Acepta su reclusión como el único estado posible de vida para él, y no pretende salir de ella:

¿Salir? ¿A la calle? Incluso en los momentos de máxima obcecación y delirio no conseguía encontrar el camino de un sí contundente. Salir a

la calle. A ese decorado al servicio de una ciudad sustituida, en la que no me queda ni memoria ni deseos. (208)

No quiere salir al lugar donde ya ha estado, a una ciudad que no ha propiciado el encuentro con su mismidad que los estrangulamientos deberían de haber favorecido. Ha de encontrar un camino hacia una ciudad no sustituida, donde los deseos habiten su propio espacio.

Mientras esa ciudad se construye, o quizás porque nunca llegará a materializarse, el estrangulador adopta la posición del “autista preclaro”: “desde hace diez años he decidido ser consecuente con los placeres de un autista bien entendido, pacífico, constructivo” (178). Al así hacerlo, reconoce el carácter ficticio de casi todos sus asesinatos, y ciertamente del estrangulamiento como posibilidad de realización del deseo. ¿Pero han sido realmente ficticios los asesinatos? No lo sabemos con total exactitud. Si la escritura subnormal se reconoce en la innovación formal vanguardista, el contenido también se somete a experimentación, elaborándose historias dentro de historias con estranguladores que se reescriben como autistas preclaros, que se vuelven a reescribir a sí mismos desde las convenciones textuales de un informe psiquiátrico. ¿Dónde introducir un criterio de discriminación para establecer siquiera una verdad transitoria?

En cualquier caso, el autismo no es solamente un desorden neurológico en la novela, sino una opción. En palabras del informe psiquiátrico escrito por el estrangulador sobre sí mismo:

No estamos ante un caso de autismo convencional [...] sino de un autismo voluntario, teorizado, intelectualizado, connotado, asumido,

interiorizado, es decir, el señor Cerrato se ha convertido en la encarnación de una posible voz ‘autismo.’ (251)

El autismo es una opción intermedia entre los estrangulamientos y la aceptación del imaginario bostoniano que los psiquiatras tratan de imponerle o, dicho de otra manera, es el único posicionamiento viable para rechazar al mismo tiempo tanto Boston como el asesinato.

Sin embargo, y en palabras de Ramoneda nuevamente: “Si la supresión de la intimidad es totalitaria, la reducción a la intimidad,” como es el caso con el autismo preclaro, “también lo es porque rompe el vínculo político, es decir, el reconocimiento de la condición de ciudadano que el Estado debe al individuo” (74). Si el estrangulador no puede encontrar la vía hacia su mismidad, tampoco el aislamiento dentro de sí, su autismo, expresa mejor su deseo. Se ha roto el vínculo político y, por lo tanto, la articulación de un yo o, lo que es lo mismo, de una identidad personal para el estrangulador, se le niega desde el estado—en este caso desde Boston—y por eso se le recluye en el hospital psiquiátrico.

La constitución de un posible sujeto DeSalvo iría encaminada por la búsqueda de equilibrios estables, al menos temporalmente, entre lo íntimo y lo público. Ninguna inclinación totalmente a favor de uno de los lados puede producir sujetos “sanos.” Si se prima absolutamente la intimidad, se cae en el narcisismo estrangulador o, en el mejor de los casos, en el autismo; si se prima exclusivamente lo público, suprimiéndose la intimidad, se cae en la justificación, y legitimación, del mundo social de Boston que ha producido al estrangulador. La creación de universos personales de actuación o

de instalación—casi podríamos hablar aquí de universos de defensa, como el “autismo preclaro” del estrangulador—no pueden finalmente ser soluciones definitivas. El autismo implica un posicionamiento de observación retirada y de incomunicación en un mundo insatisfactorio. La lucidez, aunque sea la del autismo preclaro, reconoce el problema pero no reconstruye el tejido social del sujeto y, por lo tanto, no elimina del todo la necesidad del asesinato en un sitio político como Boston.

## La superación del dilema

DeSalvo trata de escapar del callejón sin salida al cual le ha conducido la ficción de sus estrangulamientos. El autismo no ayuda a resolver la tendencia al asesinato; en el mejor de los casos, confinan al sujeto “enfermo” a un espacio de relativa tolerancia por parte de la psiquiatría. La cárcel, o la institución psiquiátrica, desde donde el estrangulador asume el fracaso de su ficción asesina en la segunda parte de la novela, es este espacio de confinamiento. Si el estrangulador es fruto de una determinada práctica social, de una determinada manera de influencia de lo social en la psique humana, su respuesta ha de abarcar y cambiar los parámetros sociales. Como no podía ser menos, los psiquiatras, acusan al estrangulador de sociologista, pero también de misántropo:

‘Sociologista de mierda,’ he oído como me califican cuando no me hacen el paripé y hablan de mí como expediente penitenciario 1988/712. He oído que a veces me llaman, despectivamente, aprendiz de misántropo, es decir aprendiz de odiar a los hombres. (*Estrangulador* 43)

La misantropía atestiguada en el estrangulamiento es la respuesta de Cerrato a la dificultad de articulación “sociologista” de sus problemas en el mundo bostoniano, de la imposibilidad de encauzar su deseo personal en el terreno de lo político. Si las actitudes de autista preclaro pueden ser soluciones circunstanciales, carecen de la perspectiva histórica que el estrangulador reclama para sí frente a sus psiquiatras (43), es decir, no ponen al descubierto las interrelaciones entre una determinada configuración social y la aparición de estranguladores. Su respuesta ha de abogar por un sujeto distinto, superador del dilema entre el anhelo del “hombre total” o el estrangulador, así como superador del orden social bostoniano: ¿Cuáles serán las características de este sujeto y de la visión histórica reclamada?

Me dispondré a analizar al sujeto. Para Camps:

Si el individualismo trascendental nos daba un sujeto indeterminado, poco empírico, el de ahora es demasiado empírico para que pueda trascender sus estrictos intereses y necesidades. (75)

El sujeto de ahora para la autora, así como el estrangulador de la primera parte para Vázquez Montalbán, está demasiado centrado en sí mismo como para preocuparse de lo que ocurre alrededor a otros sujetos y, en este sentido, no puede ocupar el centro de la resolución del conflicto entre lo personal y lo social; es demasiado empírico. Por ello, el nuevo sujeto moral ha de ser un ciudadano capaz de integrar lo propio y lo ajeno, ser capaz de “reconciliar la autonomía individual y la autonomía pública” como ya nos decía Camps en un principio (77). Esa reconciliación sólo puede tener lugar

cuando el individuo reconoce los débitos contraídos con la comunidad en la que nace y cuando es capaz de articular su proyecto vital en los proyectos comunitarios. La reconciliación funciona cuando la comunidad no disuelve lo individual, y cuando lo individual no disuelve a la comunidad.

El estrangulamiento es una forma extrema de afirmación personal en contra de lo comunitario que lo niega. El estrangulador no reconoce al otro en su singularidad, sino sólo en su generalidad, en la función única de representante de lo que oprime. Ha habido estranguladores de muchas clases y todos ellos han tenido en común el asesinato, la fría “geometría”<sup>14</sup> aplicada al exterminio del otro, en contra de la compasión reclamada por Cerrato en la segunda parte de la novela (258). A la geometría estranguladora se le puede oponer, como señala José María Mardones, que:

sólo mediante la *solidaridad como compasión* se puede avistar un futuro sin barbarie y un presente más justo y solidario. [...] Una compasión que no es sentimiento blando, sino la aceptación de la dependencia que tenemos respecto a los que no gozaron de felicidad ni, quizás, de la condición de seres humanos. (37)

Los asesinados, aunque sea en la ficción, son tan víctimas de Boston como el estrangulador. La compasión es el valor donde se reconoce el sufrimiento del otro formando parte del dolor personal del uno y donde, por lo tanto, el otro deja de ser enemigo para pasar a ser si no el amigo, al menos el compañero solidario.

El sujeto alternativo al estrangulador, compasivo, merodea por la definición de Touraine:

[U]n Sujeto es siempre libertad e historia, un proyecto y una memoria. Si sólo es un proyecto, ya sea individual o colectivo, se diluye en sus logros y desaparece en ellos; si sólo es una memoria, se convierte en comunidad y es dominado por los guardianes de la tradición. (289)<sup>15</sup>

El sujeto moral de Camps no se articula ni en el proyecto de salvación individual del estrangulador, ni en la salvación colectiva de Boston, ni tampoco en el autismo preclaro. Necesita del conocimiento de lo que hay en cada uno de nosotros de los demás—la historia y la memoria—al mismo tiempo que necesita de la libertad para establecer proyectos de futuro. Si sólo es un proyecto personal, caemos en el narcisismo individualista; si sólo es una memoria colectiva, estamos en la aceptación de los imaginarios sociales, culturales y políticos de Boston. La integración de la “libertad e historia” de Touraine se entiende como tensión constante y no definitiva entre las fuerzas que priman lo individual y las fuerzas que priman lo colectivo, entre la pasión y la razón, entre lo privado y lo público estatal, entre lo natural y lo cultural, y, podría decirse, entre las pulsiones de la “ficción” asesina y la compasión hacia los demás.

Para fundamentar a este sujeto se necesita tender puentes que no serán los alzados con las promesas de sociedades paradisíacas por llegar de difícil cumplimiento. El propio Cerrato lo expresa en relación al poder promisorio de la poesía:

con los años he descubierto que la poesía es una peligrosa arma de futuro, ya que sólo puede apostar por futuros perfectos, y los futuros son, por naturaleza, imperfectos. (188)

Hacia ese futuro imperfecto, sugiere el estrangulador al final de la novela, debe caminar el sujeto moral, hacia allí donde reine una poesía de escala humana en contra de la poesía de futuros divinos prometidos.

## La memoria y la historia

¿Por qué el estrangulador reclama la historia, o lo que Touraine denomina conjuntamente memoria e historia? Contestaré a esta pregunta después de un pequeño circunloquio. El primer paso hacia ese futuro imperfecto de más arriba, es el cuestionamiento de Boston, pero también de Barcelona, o de lo europeo en general. En el contexto cultural donde la novela se ha publicado, el presente se ha erigido en una categoría absoluta de interpretación, instalado en un círculo vicioso de autorreferencialidad. Cualquier problemática asociada a cuestiones de moral, ética o política planteadas en esta situación tiende, por una parte, a ser relativizada, desactivándose su potencial creativo, y quizás subversivo, para diseñar el horizonte futuro de una sociedad. Si todo se relativiza, por otra parte, si cualquier discurso se reduce a una opinión más entre las posibles, la instancia última de elección van a ser las preferencias individuales del sujeto, su apetencia por una opción u otra en función únicamente de su gusto o, quizás, capricho del momento. Dicho de otro modo, Boston es la encarnación aparente del “todo vale,” de la igualdad engañosa de todos los discursos, cuando en realidad se prima a sólo uno de ellos: aquél que impide el pensamiento crítico.

El discurso del estrangulador—no el de los asesinatos de la primera parte, sino las posteriores reflexiones sobre la imposibilidad del mismo en su etapa de autista preclaro—es reducido por los psiquiatras

que le atienden a elaboración narrativa de un perturbado mental sin más, neutralizándolo mediante la adscripción de su problemática a una paranoia segura. Si las teorías psicoanalíticas—soporte del mundo bostoniano en la novela—o cualesquiera otras enquistadas en el ahora, mutilan la riqueza y variedad de las percepciones del estrangulador sobre la realidad, su crítica tiene que verse encaminada hacia la coartada intelectual de la preeminencia del ahora. El desagrado del estrangulador hacia el momento que le ha tocado vivir es desagrado también hacia el paradigma sociocultural que le ha dado forma. La lucidez intelectual puede tener puntos de contacto con la enfermedad en su lucha contra Boston y contra el sostén psiquiátrico y, sobre todo, político del mismo.

En cualquier caso, el mundo bostoniano no tiene por qué ser exactamente como es en la novela.<sup>16</sup> Como en Boston sólo lo que se refiere al presente existe, y todo ha de remitir al ahora para existir, en realidad, se ha perpetuado el momento actual, se le considera imperecedero. Por eso, el estrangulador, frente a la preeminencia del ahora y frente a la desvalorización de su problemática, recurre a la genealogía de sus acciones, manifestándolas como origen de un malestar de raigambre histórica, aunque no por ello menos criminales:

por eso soy histórico y descerebro a esta gentuza [los psiquiatras] estableciendo una lógica historicista de causas y efectos en mi conducta y además la interrelaciono con la conducta social. (*Estrangulador* 43)

Así, el estrangulador se convierte en “el agente subversivo por excelencia del orden burgués, el destructor de las más sagradas convenciones éticas, es decir de los tabúes” (31).

Su comportamiento va en contra de los fundamentos a nivel psíquico del orden social, contra los tabúes que lo organizan a nivel de los deseos, pero también contra el orden mismo por requerir la represión y traslado de los deseos íntimos al espacio de las insatisfacciones irresolubles. A pesar de que su acción en un primer momento no se dirigía hacia lo político, como ya se dijo, finalmente ha de incluirlo, ya que el mundo burgués de Boston es el causante de las restricciones a su yo. Ello impregnará la reflexión de la segunda parte de la novela, “Retrato del estrangulador seriamente enfermo,” incluyendo aquí el informe psiquiátrico del final.

Para poner de manifiesto la artificialidad de lo actual bostoniano, para descubrir su carácter histórico y para manifestarlo como uno más entre los muchos posibles, el estrangulador recurre al tándem memoria e historia de Touraine. Ello le permitirá accionar el recuerdo de lo que fue el ayer para entender un hoy que no tiene por qué ser como es. Así, la memoria rechaza “unos tiempos en los que el pasado no ilumina nada y el futuro es más imperfecto que nunca” (*Estrangulador* 52), es decir, la memoria rechaza el entramado de pasados olvidados y de futuros réplica exacta del ahora de Boston, lo que se ha llamado la subnormalidad. Conecta además los momentos temporales, presentándolos como resultado de circunstancias históricas. De la misma manera, memoria e historia confluyen en el espacio íntimo para que uno consiga reconocerse a sí mismo y sobrevivir como defensa contra las tendencias que diluyen la mismidad, o la identidad personal: “sin memoria no existimos o yo al menos no consigo existir” (123), como nos dice el estrangulador. La memoria es el paisaje donde se reconoce el yo para otorgarse una

identidad distintiva en el tiempo vital de cada uno. Nunca será una coartada intelectual del victimismo ni de la enfermedad que no se quieren reconocer como tales.<sup>17</sup>

La memoria permitirá además recuperar los paisajes de lo personal y de lo colectivo para llevar a cabo la reconstrucción del pasado histórico y, en la novela, la aspiración a un cambio político para seguir avanzando en la historia. En su conferencia en Yale, el estrangulador—seguido atentamente, como señala con humor, por jesuitas vascos “tan disfrazados que hasta venían acompañados de sus esposas” (129)—apunta:

Yo creo que hay que reconstruir un sentido crítico y avanzado de la historia basado en una nueva radicalidad, en una nueva racionalidad de carácter universalista y pasar por encima de esta sensación actual de parálisis, de atonía, de que la Historia parece haber terminado. De que todo depende de constataciones de cálculos de probabilidades, de tecnologías mejor o peor aplicadas. Porque si contemplamos la dinámica del mundo y lo que queda por hacer, lo que deberíamos hacer, que equivale a eso, a lo que queda por hacer, por transformar y la cantidad de desorden que hay bajo la apariencia de orden, podríamos llegar a la conclusión de que la Historia es un cadáver que goza de buena salud. (129)

En Boston, la historia se da por concluida, o eso se le quiere hacer creer al estrangulador. Por el contrario, él propone la vuelta a la esperanza en el futuro, pero no a uno perfecto. En el reconocimiento de la posibilidad de mejora, rechazando visiones de lo histórico teleológicas como finalidad úl-

tima a alcanzar, es donde la memoria y el deseo pueden formar parte del mobiliario material y emocional de una ciudad no sustituida. Reivindicando una “racionalidad de carácter universalista,” el estrangulador se sitúa en las propuestas defendidas por Camps y Touraine, conjugando en su lucidez la libertad con la historia, un proyecto personal con una memoria (289). Desde estos postulados puede llegarse a superar Boston o la Ciudad, espacios ambos de frustración y del fracaso personal. Además, a tono con la compasión reclamada por el estrangulador, reivindicará lo histórico porque “evitar que la mayoría sea silenciosa o silenciada sigue siendo uno de los objetivos más importantes de la Historia desde una lógica democrática” (129). Un discurso de pleno sentido para integrar al otro. Y ello para evitar la dinámica asocial del “agredir y ser agredido” (42), para que el estrangulamiento no se convierta en la purificación “de la obscena otredad que se empeña en negarnos” (88).

Recuperar la memoria es asimismo condición para no “perder la vida” del sujeto, como diría Emilio Lledó,<sup>18</sup> para enfrentarse al futuro sin miedos, para evitar los estrangulamientos simbólicos o reales, para caminar por las sendas alejadas de la subnormalidad. La esperanza en el futuro es confianza en la capacidad para influir en la historia, que no es otra cosa que reinstaurar lo político como espacio de encuentro para dirimir entre las alternativas posibles y alcanzables que no mutilen el deseo propio de cada uno, y lo haga compatible con el de los otros. Lo político es también el espacio donde la psiquiatría no convierte la disidencia de cualquier tipo en enfermedad mental y donde se evita el ensimismamiento de los estranguladores en su autonomía individual olvidándose de la otra cara

de la moneda: la autonomía pública sin la cual se acaba deseando por encima de todo la desaparición de los demás.

Lo histórico, finalmente, ha construido y sigue construyendo el posicionamiento humanista, o el sujeto moral de Camps y Touraine, como producto cultural, como búsqueda del entendimiento posible entre todos. Para Alain Finkielkraut, “Lejos de ser natural a todos los seres humanos, el reconocimiento del hombre por el hombre es fruto de la historia” (38). El humanismo es el producto de la lucha por el reconocimiento de la semejanza dentro de la variedad de lo humano, lo que el estrangulador del comienzo es incapaz de entender. Es fruto, en palabras de Finkielkraut, de los “delirios de la imaginación” frente a las “estrecheces” de la inteligencia (37). ¿No es la lucidez del estrangulador al final del relato uno de esos “delirios de la imaginación” para soñar los mundos que más le convengan ajenos a asesinatos y a ciudades como Boston?

## Notas

<sup>1</sup> El mismo Vázquez Montalbán en conversación con Georges Tyras confirma la escritura de los textos subnormales en un “período en que la desorientación era absoluta” (183). Me refiero a *Manifiesto subnormal* (1970), *Guillermina en el país de las Guillerminas* (1973), *Happy end* (1974) y *Cuestiones marxistas* (1974), posteriormente recopilados todos ellos en *Escritos subnormales* (1995). Entonces como ahora para el autor:

El fin de las certidumbres y las referencias impulsó a la gente a replegarse sobre sí misma, y hoy está pasando algo parecido, reina un desorden total, no hay ningún control y eso nos hace ser terriblemente individualistas y narcisistas. (Tyras 183)

Por eso mismo, dirá Vázquez Montalbán: “Esta vuelta a lo subnormal me atrae constantemente. De hecho, *El estrangulador* es un retorno a esa etapa,” al igual que lo es *Sabotaje olímpico*, novela de la serie Carvalho publicada un año antes en 1993 (Tyras 55).

<sup>2</sup> El estrangulador tiene dos apellidos distintos en la novela. DeSalvo es el apellido utilizado al asumirse en la ficción como estrangulador. Cerrato es el apellido usado por los psiquiatras para referirse a él. Son claras las resonancias de estos apellidos. DeSalvo busca salvarse a sí mismo, afirmarse, mediante el asesinato de los demás. Cerrato se cierra en sí mismo, como ocurre en la segunda parte de la novela, al reconocer el fracaso de su ficción de estrangulamientos y presentarse como autista (178).

<sup>3</sup> “[I]t is preposterous to assume either that woman remains outside of signification, or that her sexuality is any less culturally organized or repressed than that of her male counterpart” (189). Todas las traducciones son del autor.

<sup>4</sup> En algún momento en la novela, se equipara la Alma vecina del estrangulador con Alma Mahler, mujer de una intensa belleza intelectual y física. Sobre ésta última escribe Rosa Montero:

Cuando se enamoraba, inventaba en el otro la perfección; y su pareja, al verse reflejado como un dios en los ojos de ella, se apreciaba más a sí mismo: si una mujer tan bella, tan inteligente y tan brillante me consideraba divino, es que lo soy. (105)

De igual manera, la Alma del estrangulador tiene el poder de inventar en él la imagen de sí mismo que más anhela.

<sup>5</sup> Para Michel Foucault en *Madness and Civilization* y *The Birth of the Clinic*, la aceptación del orden dado de las cosas, tanto en su configuración social como política, estaría en contraposición a lo anormal o a la locura, como negación de ese mismo orden. En este trabajo, la “normalidad” implica la adaptación del universo psíquico individual a la vida en sociedad, así como la renuncia a la satisfacción de los

deseos no compatibles con esa vida social. Entre la aspiración a una felicidad sin restricciones y la exigencia a renunciar a una parte de la misma, o al menos a su encauzamiento por parte de lo cultural y de lo social, surge una contradicción cuyo grado de resolución determinará la adaptación individual.

<sup>6</sup> En el libro de poemas de Vázquez Montalbán titulado *Ciudad* se presenta una caracterización poética de su espacio geopolítico.

<sup>7</sup> Muy interesante sería analizar el uso de la iconografía norteamericana a lo largo de la novela. Son continuas las referencias que equiparan el Boston de la ficción a Barcelona. Se mencionan, por ejemplo, los Juegos Olímpicos de Boston en el pasado inmediato del estrangulador en referencia a la sede olímpica de Barcelona en 1992. También se alude a la Guerra de Secesión americana para referirse de la Guerra Civil española. Es sintomático en este sentido cómo Vázquez Montalbán señala que aunque “Boston es Barcelona, es un puro pretexto; es sólo porque me gustaba el enunciado ‘el estrangulador de Boston’” (Tyras 40). Sin embargo, quizás el autor considere la constitución de lo social y de lo político en las economías más fuertes, como las europeas o norteamericanas, como más propicio para la aparición de estranguladores. Ello es coherente con su caracterización de este momento histórico con políticas culturales y económicas que incentivan la vuelta al “hombre total,” ahora como “Gran Consumidor,” con una “teología neoliberal” (*Panfleto* 81, 76). Éstas políticas son ampliamente tratadas por Vázquez Montalbán en el *Panfleto desde el planeta de los simios* y, en última instancia, motivan la vuelta a la escritura subnormal en *El estrangulador*. Analizo estas condiciones en mi artículo “Reflexiones desde el planeta de los simios: Utopías de mercado, euromestizaje e imaginarios democráticos.”

<sup>8</sup> La primera parte se titula “Retrato del estrangulador adolescente” mientras que la segunda toma por título “Retrato del estrangulador seriamente enfermo.” Son claras las alusiones a James Joyce. Miguel García-Posada en su reseña en el diario *El País*, señala además que el título de la segunda parte es un calco del título

del diario de Jaime Gil de Biedma *Diario del artista seriamente enfermo*.

<sup>9</sup> Es interesante constatar el carácter narrativo de las interpretaciones y remedios psicoanalíticos en la novela. La psiquiatría vendría a ser una ficción para apuntalar el orden social bostoniano. También en *The Interpretation of Dreams* de Freud las explicaciones de los sueños están más cercanas al discurso propio de la literatura que a la constatación verificable de los fenómenos estudiados. Terry Eagleton en *Literary Theory* discute también este carácter literario y narrativo del discurso psicoanalítico.

<sup>10</sup> Georges Tyras caracteriza la literatura subnormal en su conversación con Vázquez Montalbán:

Resumiendo, los rasgos de la literatura subnormal serían el rechazo de la narratividad, la fragmentación, el *collage* y la recuperación de textos que a priori no son de índole literaria; quizá también el recurso a los filtros de la ironía y la distancia. (68)

A lo que el autor responde: “Exactamente, y el recurso al sarcasmo, que es más fuerte que la ironía” (Tyras 68).

<sup>11</sup> Es pertinente traer aquí la definición de ambigüedad de Marc Augé:

qui, s’appliquant à une proposition dont on considère qu’elle n’est ni vraie ni fausse, postule l’existence d’un troisième terme ne se réduisant à aucun des deux premiers et encore moins à leur addition. (9)

Es ésta una definición apropiada de lo que ocurre en un relato que se construye más allá de lo verdadero o lo falso y deviene casi un modelo del tipo de ficciones con las cuales nos enfrentamos en nuestros días. Para Augé las ficciones “ne sont ni des mensonges, ni de créations. Redoutables par là même, elles ne se distinguent radicalement ni de la vérité ni de la réalité, mais entendent s’y substituer” (12). Ni verdad, ni mentira, ni reales ni fantasiosas, tan solo elaboraciones narrativas con las cuales relacionarse con la realidad.

<sup>12</sup> El totalitarismo es ese modelo de lo vital donde no hay espacios medios, zonas grises dirá

Tvzetan Todorov al escribir sobre Romain Gary en *Hope and Memory* (214), entre dos alternativas extremas. Todo es o bueno o malo, racional o irracional, individual o colectivo. El estrangulador queda atrapado en un primer momento en los términos de la serie anterior, que al igual que la dicotomía del título de este trabajo, no le permiten vivir en sociedad.

<sup>13</sup> Se planteaba una problemática similar con anterioridad en *Happy end*. Según indica José Colmeiro en esta obra:

El narrador critica la educación sentimental recibida basada en la creencia en los valores absolutos, de matiz ya divino o mítico; la obligada convención del final feliz del cine norteamericano refleja la ideología constitucionalmente garantizada de la persecución de la felicidad. La conquista del paraíso se revela, sin embargo, imposible en la realidad. (132)

<sup>14</sup> Para un acercamiento a la distinción planteada en la novela entre compasión y geometría, véase el artículo de Miguel Riera. Puede consultarse además el capítulo "Viladecans: compasión y geometría" en la recopilación de ensayos de Vázquez Montalbán *Geometría y Compasión*: 94-110.

<sup>15</sup> [A] Subject is always both freedom and history, a project and a memory. If it is merely a project, either individual or collective, it merges with its achievements and vanishes into them; if it is merely a memory, it becomes a community and it's dominated by the guardians of tradition. (289)

<sup>16</sup> Para Balibrea, por el contrario, no puede escaparse del sistema bostoniano. *El estrangulador* "formula la imposibilidad de escapar a un sistema que integra todo intento de resistencia o subversión" (158). No obstante, éste es el problema del estrangulador: resiste a la normalización bostoniana como autista preclaro y, al mismo tiempo, propone el análisis histórico para

escapar a sus coordenadas desde la política y no desde el asesinato de los demás que desagravan.

<sup>17</sup> Frente a esta actitud se alzan los psiquiatras como William Dieterle que "odiaba la memoria. La consideraba una falsificación del ego y al mismo tiempo sus muletas, como almacén de recuerdos trucados al que se recurre para no adentrarse en las aguas procelosas del subconsciente" (*Estrangulador* 127). "La memoria," para los psiquiatras, "es una coartada para no reconocer el paisaje de la enfermedad" (127). Y la consecuencia para Dieterle ha de ser que "el presente merece ser muestra única coartada" (128).

<sup>18</sup> En concreto el autor dice:

Perder la memoria es, en buena parte, perder la vida. La absoluta instalación en el presente, sin vínculos mentales con el pasado, es una forma despiadada de enfrentarse con el futuro. Un futuro en el que no acertamos, porque no sabemos. Y saber es siempre un impulso que nos levanta sobre lo sabido, lo experimentado, lo amado o despreciado. Saber es siempre haber sabido. Todo acto y relación con el presente se manifiesta ante un sujeto que es lo que ha sido, y cuya posibilidad de sentir y entender, en cada ahora, es fruto y consecuencia de la historia, de su vida real, de su vida mental.

## Obras citadas

Aguado, Txetxu. "Reflexiones desde el planeta de los simios: Utopías de mercado, euro-mestizaje e imaginarios democráticos." *Romance Language Annual* 12 (2001): 289-94.

Augé, Marc. *Fictions fin de siècle* suivi de *Que se passe-t-il? 29 février, 31 mars, 30 avril 2000*. Paris: Fayard, 2000.

Balibrea Enríquez, Mari Paz. *En la tierra baldía. Manuel Vázquez Montalbán y la izquierda*

- española en la postmodernidad*. Barcelona: El Viejo Topo, 1999.
- Camps, Victoria. "Universalidad y mundialización." *Pensar en el siglo*. Ed. Manuel Cruz y Gianni Vattimo. Madrid: Taurus, 1999. 53-85.
- Colmeiro, José F. *Crónica del desencanto: La narrativa de Manuel Vázquez Montalbán*. Coral Gables: Centro Norte-Sur, 1996.
- Eagleton, Terry. *Literary Theory: An Introduction*. Minneapolis: U of Minnesota P, 1983.
- Finkielkraut, Alain. *La humanidad perdida. Ensayo sobre el siglo XX*. Barcelona: Anagrama, 1998.
- Foucault, Michel. *Madness and Civilization: A History of Insanity in the Age of Reason*. Nueva York: Vintage, 1988.
- . *The Birth of the Clinic*. Nueva York: Vintage, 1973.
- Freud, Sigmund. *The Interpretations of Dreams*. 1900. Nueva York: Random House, 1996.
- García-Posada, Miguel. "Un estrangulador muy particular." *El País-Babelia* 19 nov. 1994. 7 oct. 2004 <<http://www.vespito.net/mvm/estr1.html>>.
- Lledó, Emilio. "Adiós a la España eterna." *El País-Babelia* 30 marzo 1996: 15.
- Mardones, José María. "El neo-conservadurismo de los posmodernos." *En torno a la posmodernidad*. Ed. Gianni Vattimo. Barcelona: Anthropos, 1994.
- Montero, Rosa. *Historias de mujeres*. Madrid: Alfaguara, 1995.
- Ramonedá, Josep. *Después de la pasión política*. Madrid: Taurus, 1999.
- Riera, Miguel. "Geometría contra compasión." *Quimera* 129 (1994): 52-56.
- Silverman, Kaja. *The Subject of Semiotics*. Nueva York: Oxford UP, 1983.
- Todorov, Tzvetan. *Hope and Memory. Lessons from the Twentieth Century*. Princeton: Princeton UP, 2003.
- Touraine, Alain. *Critique of Modernity*. Cambridge: Blackwell, 1997.
- Tyras, Georges. *Geometrías de la memoria: Conversaciones con Manuel Vázquez Montalbán*. Barcelona: Zoela Ediciones, 2003.
- Vázquez Montalbán, Manuel. *Ciudad*. Madrid: Visor, 1997.
- . *Escritos subnormales*. Barcelona: Mondadori, 1995.
- . *El estrangulador*. Barcelona: Mondadori, 1994.
- . *Geometría y Compasión*. Barcelona: Mondadori, 2003.
- . *Panfleto desde el planeta de los simios*. Barcelona: Crítica, 1995.
- . *Sabotaje olímpico*. Barcelona: Planeta, 1993.

